

Solo deixate Nevar

Sandra Miro



Solo déjate llevar

Sandra Miró

atchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Sandra Miró, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: marzo de 2025

ISBN: 978-84-08-29966-0

Depósito legal: B. 2.161-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Capítulo 1



Becka

JULIO DE 2024

—¡Hoy te toca dentro! —exclama mi hermana.

Rápidamente miro a Olivia. Ella me mira a mí. Sabe que no lleva razón.

Residimos en un pueblo no muy grande llamado Munster, en Indiana. Está situado a una media hora de Chicago, que es donde a las dos nos gusta hacer vida y salir.

Al vivir en un sitio reducido, aquí casi todo el mundo se conoce. Eso es bueno para unas cosas y malo para otras. Egoístamente, en este caso, a nosotras nos viene bien porque llevamos un año trabajando en Dragston, la cafetería de Bill, amigo de nuestro padre.

Nuestra intención es ahorrar todo lo que podamos curran-do aquí para luego irnos a vivir juntas al centro de Chicago.

—¿Estás segura? —pregunto irónicamente.

—Becks, porfa, que ayer me hice las uñas.

Qué lista es. Quedarme dentro significa, con el buen tiempo que hace, que me voy a pasar más rato lavando platos en la cocina que atendiendo mesas.

Le echo un vistazo a mi hermana y, como siempre, caigo en

su trampa. Cuando Olivia me mira con esa cara de pena, no puedo decirle que no. Asiento con la cabeza y sonrío victoriosa.

Ella sale a paso ligero del local, mientras que yo vuelvo a mis cosas.

No tardo en moverme con soltura por las mesas que hay ocupadas en el interior de la cafetería. Parece que todo el mundo está servido excepto unos señores que están jugando a las cartas y que me han llamado con un gesto de la mano. Tomo nota de lo que quieren y les sirvo con rapidez.

Tras unos minutos me quedo sin faena.

Trasteo en mi móvil, pero tampoco me entretiene, pues no tengo nada nuevo. Por ello, lo dejo a un lado y observo a mi hermana por una de las ventanas. Sonrío al verla charlar animada con los clientes.

Teniendo en cuenta solo la personalidad, Olivia y yo nos parecemos bastante. Sin embargo, físicamente somos polos opuestos. Ella tiene una larga y ondulada melena rubia y ojos claros, mientras que yo, aunque también llevo el pelo largo, lo tengo de color negro y mis ojos son oscuros. Somos como la noche y el día.

¿Por qué? Eso tiene fácil respuesta: no somos hermanas biológicas.

Mi historia tuvo un comienzo algo complicado.

Cuando tan solo tenía seis años, mis padres biológicos decidieron que ya no querían ocuparse más de su hija y me abandonaron. Por suerte, las autoridades actuaron rápidamente y se hicieron cargo de mí. Y, a partir de ahí, pasé toda mi infancia en centros de menores y en alguna que otra casa de acogida.

Reconozco que no fue del todo sencillo, y aún lo es menos cuando haces amigos que, en cuanto alguien los adopta, se van y sabes muy bien que no volverás a verlos jamás.

Durante esos años descubrí que mi mayor refugio era la música. Gracias al pequeño reproductor que tenía en mi habi-

tación y los pocos cedés que fui adquiriendo con el paso del tiempo, siempre pude contar con ella.

Ya con catorce y con toda esperanza perdida en cuanto a lo de encontrar una nueva familia, aparecieron Marc y Emily. Al principio fui muy escéptica respecto a ese tema. Todo el que va a esos centros lo que busca son bebés. ¿Quién iba a querer adoptar a una adolescente?

Pero al parecer ellos sí querían y así me lo demostraron. Venían a verme a menudo y nos pasábamos horas hablando. Recuerdo el día que trajeron a Olivia para que me conociese, ella solo tenía once añitos.

Y de la noche a la mañana me vi viviendo con ellos, formando parte de una familia y celebrando el décimo segundo cumpleaños de la que había pasado a ser mi hermana menor.

La puerta de la cafetería se abre y entra una pareja. Me fijo en ella, por su bonito color de pelo azul, y me digo que no me sueña de nada. Después centro el interés en él, y tampoco me suena. Imagino que no son de aquí.

Los sigo con la mirada hasta que toman asiento en una de las mesas que hay junto a las ventanas. Cojo un par de cartas y me acerco a ellos.

Olivia entra en el establecimiento y nos sonreímos. Va tras la barra y coge las cosas que necesita.

—¡Buenas tardes! —los saludo al llegar.

Ambos me miran y les tiendo las cartas que traía en las manos.

—Hemos venido a beber algo. Con este calor... —La chica, de pelo rizado, sonríe.

Él me dedica una mueca sin quitarse las gafas de sol.

—¿Y ya sabéis lo que queréis tomar?

Se miran entre ellos y luego es él quien responde, quitándose las gafas y clavando los ojos en mí.

—Sí. Dos cervezas, por favor.

Imagino que al actuar así ha pretendido impresionarme, a lo Tony Stark en *Los Vengadores*, pero a mí solo me parece el típico chico que sabe que es guapo y va de chulo. Vamos, de los que suelo huir sí o sí.

—Perfecto —murmuro apuntándolo en el comandero—. Ahora mismo las traigo.

Doy media vuelta y me pongo a ello. Preparo las cervezas y un pequeño cuenco con patatas de bolsa.

—Aquí tenéis, disfrutad —les digo dejándoselo todo sobre la mesa.

—¡Gracias! —responde ella mientras el chulito no abre la boca.

Sonríó a la chica y luego echo un vistazo a los señores de la otra mesa y veo que siguen enfrascados en su partida de cartas. Regreso tras la barra y... sí, veo la montaña de platos en la pila que tengo para lavar. Sin duda los ha dejado Olivia ahí todos de golpe, procedentes del exterior, porque hace un ratito no tenía nada que hacer.

Bill, el amigo de papá, nos hizo el favor de contratarnos en Dragston, pero, por más que se lo suplicamos, no nos hace el favor de comprar un lavavajillas, así que aquí se lava todo a mano.

Cojo el móvil y, como lo tengo conectado por Bluetooth a los altavoces de la cafetería, busco una música que me ayude a sobrellevar mejor esta tediosa tarea.

¿Hay alguien a quien le guste lavar platos?

Entro en Spotify y voy a lo seguro. Hago «clic» en el nombre de mi diosa, Miley Cyrus. Es mi cantante favorita.

Y, mientras me acerco al fregadero, empieza a sonar su canción *River*, que yo comienzo a cantar.

Así, sí.

Capítulo 2



Daniel

JULIO DE 2024

Doy un trago a mi cerveza.

Hummm..., qué bien sienta beber algo fresco después de haber estado cargando y descargando cajas todo el día.

—Creía que esto de la mudanza nos iba a tomar más tiempo —bromea mi hermana.

Yo la miro sin entender nada.

—Susan, estás de coña, ¿no? —Veo cómo se ríe—. Cuando me pediste que te ayudara, no pensaba que me pasaría días subiendo y bajando cajas. Me duele todo.

—¡Anda ya, Dani! Ni que en el gimnasio no pagaras para hacer prácticamente lo mismo.

Niego con la cabeza y se me escapa la risa. Ya casi no tengo fuerzas para rebatirle nada.

Susan es mi hermana mayor y el pasado mes de septiembre se casó con Tom, su mejor amigo desde el instituto. Hace varios meses se compraron una casa aquí, en Munster, y, ahora que por fin las obras de reforma se han terminado, ha llegado el momento de trasladarse.

—Esta noche vienes a la cena, ¿no?

—¡Como para no ir! Mamá me lo ha recordado continuamente toda la semana —me quejo, y, poniendo la voz más aguda para imitar a nuestra madre, digo—: Daniel, no hay excusa que valga. Más te vale estar aquí para la última cena con tu hermana viviendo en esta casa.

Mi simulación hace carcajearse a Susan.

—A veces se pone tan intensa... —murmura.

—Hoy ya dormís Tom y tú aquí, ¿verdad?

Susan asiente y da un trago a su cerveza.

—No quiero ni imaginarme el momento en el que acabemos de cenar y tengas que irte. Se avecina drama familiar.

Ella se atraganta bebiendo y tose de forma exagerada.

—Calla... calla... —susurra recobrando el aliento.

Cualquiera que conozca a mi madre sabe que esta noche va a haber lágrimas y no de cocodrilo precisamente. Todo ese drama solo porque mi hermana se va a vivir a cincuenta minutos de su casa.

—Los cambios pueden ser complicados, pero se acostumbra.

Asiento. Susan tiene razón.

—Y tú, ¿qué? ¿Ya lo tenéis todo preparado?

Ahora soy yo el que asiente con una sonrisa.

Me apasiona la música y toco la guitarra y el teclado. Hace unos años monté una banda llamada Ubuntu con tres amigos. Henry, Robert y Toby apostaron por este proyecto desde el principio. El tema de la cantante nos ha costado un poco más; durante todo este tiempo hemos tenido varias. Ahora ese papel lo hace Alice, quien lleva un año y medio con nosotros. Los cinco empastamos bastante bien.

Como propósito de Año Nuevo para este 2024 nos propusimos hacer nuestra primera gira este verano. No es nada grande, y por supuesto no somos famosos, pero poco a poco vamos sacando temas y teniendo nuestro público.

La idea es recorrer la Ruta 66 a lo largo del mes de agosto dando varios conciertos que ya tenemos cerrados en distintas salas gracias a Charlie, un amigo de mi hermana que se ha autoproclamado nuestro *road manager*.

—Sí, ya lo tenemos casi todo listo —contesto—. Estamos terminando de decidir el *setlist* que vamos a tocar y cuatro cosas más.

—Cuidado con lo que hacéis, que Charlie me lo contará todo. —Dicho esto, se ríe.

—No me cabe la menor duda.

Susan coge su cerveza y me mira. La imito.

—Dani, esta gira va a ser un éxito. Ya verás como esto es solo el principio de algo brutal.

Acerco mi botellín al suyo y, justo cuando voy a brindar, pone la mano en medio.

—Solo prométeme una cosa. —La miro intrigado—. Prométeme que, cuando te hagas famoso y llenes locales, no te volverás un imbécil y un arrogante.

No sé qué me esperaba que fuese a decir, pero eso desde luego que no.

—Te lo prometo. —Río.

—Más te vale porque, como vea un ápice de soberbia en ti, habrá consecuencias. —A continuación, enseñándome sus finos brazos, añade—: Podía contigo cuando éramos pequeños y aún puedo. Además, la semana que viene Tom y yo nos vamos a apuntar a un gimnasio de aquí.

—Vale, vale... —respondo todavía riendo por su absurda amenaza de hermana mayor.

Y, ahora sí, brindamos.

El móvil de Susan pita, habrá recibido algún mensaje. Ella no duda en mirarlo.

Aprovecho para echar un vistazo al local. Se nota que esta cafetería tiene años y necesita alguna reforma.

De repente algo llama mi atención.

Por los altavoces me llega una canción que reconozco gracias a mi amigo Robert: es *River*, de Miley Cyrus..., pero no es solo su voz la que distingo.

Alguien canta al unísono. No lo hace alto, pero sí lo suficiente como para que la oiga. Sea quien sea, tiene una voz grave como la de Miley.

Una voz con personalidad. Una voz muy bonita.

¿Quién será?